

# El buscador de sentido

Cristóbal Holzapfel

Anda una pregunta  
Anhelando respuesta  
Camina y camina  
Por habitaciones  
De una enorme casa  
Pero como no encuentra allí  
La respuesta  
Sale a la calle  
Y camina por el barrio  
Mas  
Tampoco allá fuera  
Hay respuesta alguna

Entonces  
Apurando el paso  
Se va a las grandes avenidas  
Y camina  
Entre el bullicio  
Y la vorágine del tránsito vehicular  
Cae la noche  
Y nuestra pregunta  
Aún no encuentra nada  
En un parque pasa la noche  
Tendida en el prado  
La pregunta mira las estrellas  
Esperando de ellas  
Una respuesta  
Pero  
No hay tal  
Y nuestra pregunta  
Se duerme  
En los brazos de una soledad infinita

Al día siguiente  
Abandona la ciudad  
Y se aventura al campo  
La respuesta no aparece tampoco  
Por ningún lado  
La pregunta llega a la costa del océano  
Al borde del desierto  
Y allí la vemos  
Perdersse  
Entre plagas y roqueríos

1

La pregunta es tal porque anhela respuesta. La pregunta es a la vez, como también la respuesta, algo relativo al sentido. Este sentido puede ser el significado de algo o su justificación. La pregunta es, de este modo, ante todo pregunta por el sentido. Mas, esto conlleva un elemento pasional: la pregunta por el sentido anhela una respuesta. Su anhelo, su ansia, su deseo de respuesta puede ser tan grande que, suele suceder, que la pregunta predispone, predetermina la respuesta.

Por su parte, la respuesta, porque manifiesta algún interés en responderle a una pregunta en particular que se dirige a ella, suele responder a la pregunta en cuestión más de la cuenta, más de lo que ella estrictamente puede, pretendiendo así satisfacer el anhelo de la pregunta.

Es notable el juego que hay entre pregunta y respuesta: lo que más anhela la pregunta es la respuesta, pero ésta acalla la pregunta, la apacigua, la aquieta, y cuando ya es demasiado fuerte y contundente, la apaga.

Hay algo de índole erótico (en el más amplio sentido de la palabra) en esta relación entre pregunta y respuesta. En cierto modo, el que se acerca a otro como conquistador, se presenta como respuesta, y como respuesta a quien está precisamente deseoso de ella. Pero, esa relación entre pregunta y respuesta que se presenta en los lazos amorosos, es peculiar, por cuanto se da aquí una reciprocidad. El que es respuesta a una pregunta pasa pronto a ser a la vez pregunta y quien es pregunta es ahora respuesta. Probablemente sin este cambio, este intercambio de signos no hay lo que conocemos como pareja de enamorados. Cada enamorado es así pregunta y respuesta, pero nunca sincrónica, sino diacrónicamente, cambiando de tiempo en tiempo de signo.

Pero esta paritaria reciprocidad, este cambio de signos, es exclusiva de los lazos amorosos (incluyendo en ello no sólo la relación de pareja, sino los vínculos familiares y comunitarios, como también en el ámbito de la pedagogía, según como la pensara Platón).

En general, sucede lo contrario: que el camino establecido es unidireccional: él va de la pregunta a la respuesta, sucediendo que esta última representa un cierre. En otras palabras, la respuesta es siempre respuesta y en ello se solaza, experimentando un auto-goce. El ingenio de la respuesta es tal que suele generar estructura, sistema, doctrina, sucediendo entonces que la pregunta se presenta como cándida, al no sospechar que la respuesta que se le da, posee un enorme peso específico. Es más, la respuesta, junto con generar estructura, genera también institución. El artilugio de que dispone es tal que, para decirlo de un modo curioso: la respuesta tiene con frecuencia a la vez innumerables otras respuestas concatenadas bajo la manga, reservadas, envasadas.

Es más, la respuesta puede ser y ha sido prepotente a lo largo de extensos periodos históricos, ya que prohíbe que cualquier pregunta se constituya, respecto de lo que ella supone precisamente responder con holgura. A su vez, en razón de que toda respuesta conlleva el trazado de límites, éstos en cierto modo incitan a ser traspasados. Si el límite supone una prohibición, ello suscita la inquietud y curiosidad de tener una experiencia de eso prohibido. Es la seducción que trae consigo lo que hay al otro lado de la prohibición y del límite que ella establece. Ello da lugar a la heterodoxia en los más diversos ámbitos, en particular en el de la religión y la teología, pero también por supuesto en el de la moral, el derecho e inclusive, el arte. Con Bataille diríamos que hay una dialéctica entre interdicto y trasgresión, como los componentes fundamentales del erotismo, en el sentido de que el interdicto, el tabú, la prohibición ya es la trasgresión.

Es decidir en esto que una buena parte de la literatura erótica universal tenga relación con la trasgresión. Octavio Paz plantea esto considerando el papel que juega la dupla "obstáculo-trasgresión". El obstáculo está determinado por códigos raciales, religiosos, políticos, económicos, culturales, que las grandes parejas de enamorados trasgreden como Paris y Helena, Tristán e Isolda, Francesco y Paola, Lanzarote y Ginebra, Calixto y Melibea, Romeo y Julieta, Werther y Carlota, Doctor Zhivago y Lara. En muchos de estos ejemplos podemos observar como ello tiene que ver a la vez con la institución del matrimonio que, claro está, supone una férrea delimitación de orden moral, religioso y jurídico. Por eso también las trasgresiones de Don Juan, Casanova, Julien Sorel se entienden particularmente a partir de ello.

## 2

Cada pregunta, junto con plantearla, parece mantenerse trémula y a la expectativa de una respuesta. La pregunta puede ser acerca de cosas cercanas o lejanas, más o menos accesibles, sobre cuestiones fáciles o complejas, y hay también pequeñas y grandes, incólumes

preguntas. Hay respuestas a nuestras sencillas preguntas que llegan en un santiamén, pero está claro también que cuando se trata de una pregunta difícil la respuesta suele tardar mucho.

En esto se descubre una cuestión de índole temporal, de cómo "temporalizamos el tiempo". La pregunta en torno a lo inmediato y a la mano, en la medida en que encuentra rápida respuesta, nos lleva a pasar a renglón seguido, al próximo momento, en el que se plantea tal vez una nueva pregunta, que reclama otra vez una rápida respuesta. Se genera con ello una vorágine, como se da por ejemplo en el comercio, en la producción, en la confección de programas televisivos, en la política contingente. En todo ello las preguntas parecen apenas aflorar y ya encuentran de inmediato sus respuestas.

Pero hay preguntas profundas, como las que se hace un historiador sobre una época, el escritor sobre un relato, el filósofo sobre un concepto determinado, como la verdad, cuyas respuestas tardan, y tardan tanto, que llegan poco a poco, y se siente en ello que se avanza a paso de tortuga. Estas preguntas exigen tiempo, demorarse en lo que está preguntando alguien en particular. El temple que acompaña este preguntar es en especial la serenidad y la paciencia. Incluso sucede en este lento preguntar que hay respuestas que no alcanzan a llegar, tal vez porque una sola vida no alcanzó para lo que se preguntaba, o tal vez, debido al asunto mismo, la cuestión esencial y universal que estaba en juego. Temporalmente aquí también cuenta el momento, el instante, pero es un instante que se perpetúa y que en muchos casos determina la existencia íntegra de un autor, un artista, un investigador, un científico, un pensador.

Pero la pregunta, no es sólo la que el alumno hace en una clase al profesor sobre un asunto de comprensión específica de algo, y que el profesor responde con seguridad, con apoyo en el dominio que tiene sobre la materia en cuestión, sino también, en cierto modo, la joven que espera a un determinado joven que se ajuste a lo que ella quiere o espera, también pregunta en ello.

Aquí la pregunta, como observamos, es afín con la expectativa y la espera. Y así, sobre todo si consideramos un tal alcance de nuestro preguntar, hay respuestas que pueden no llegar jamás. Es lo que pasa a la vez con las preguntas que reconocemos como más difíciles y complejas.

De tal índole, podríamos decir, es el preguntar filosófico. La pregunta por el ser, por el sólo hecho de que haya ser, podríamos decir, es demasiado grande. Y entonces podemos ver como no hay respuestas posibles que pudieren acallar nuestro preguntar.

Como toda pregunta, de uno u otro modo, es siempre pregunta por el sentido de algo, con la pregunta a flor de labios, el hombre se muestra como buscador de sentido. Y, cabe agregar, respecto de la pregunta más grande que pudiéramos hacer, la pregunta por el ser, especialmente en ello el ser humano se muestra como buscador de sentido.

Mas, siempre ocurre que, en relación a pequeñas como a grandes preguntas, hay respuestas de las que podemos echar mano. Nos preguntamos dónde han quedado nuestros anteojos. Damos vueltas por la casa, vamos de una habitación a otra, y sabemos que por ahí han de estar. Solemos hacer esto con cierta rabia con nosotros mismos, ya que una vez más nos ocurre esto mismo. Y el hecho de aparecer de pronto los anteojos, a veces en el lugar más inesperado, desde luego que tiene cierto carácter de respuesta.

Como vemos, si antes el preguntar se mostraba afín con el esperar, ahora su afinidad es con el buscar. Es cierto que ambos, al mismo tiempo, son distintos: de alguna manera, buscamos lo que suponemos hallaremos alguna vez, mientras que esperamos (esperar que es a la vez manifestación de la esperanza) lo que, debemos reconocer, sabemos de antemano que a lo mejor nunca llegará.

Al concebir al hombre como "buscador de sentido", debemos tener en claro entonces que, apoyados en esta misma expresión, ponemos el acento más en el buscar; pero la índole del esperar, del esperar algo que nunca llega, como en "Esperando a Godot", también puede ser una posibilidad de lo que involucra el buscar. Todo ello depende del matiz que le demos a lo que significa entender al hombre como buscador de sentido.

### 3

Como ya dijimos, preguntar es también, en cierto modo, buscar. Toda pregunta busca algo, busca una respuesta a aquello que pregunta. ¿Y qué es principalmente lo que busca el ser humano? Al hacer esta pregunta, podemos observar de inmediato que todo lo dicho se aplica a nuestra propia pregunta: también esta pregunta busca respuesta.

¿Pero es esto como quien llega a una casa solitaria en un bosque y toca la campanilla esperando que alguien salga y le responda, dado que a lo mejor no sale nadie, porque precisamente no hay nadie allí y esa casa está deshabitada? ¿O hay algo en la pregunta que la constituye consustancialmente, que ella de por sí lleva consigo? Al parecer sí, dado que toda pregunta es pregunta por el sentido de algo. Entonces, volviendo al símil de la casa, es posible que al tocar la campanilla, no salga nadie, mas ello no aquieta en absoluto la pregunta, ya que ella seguirá siempre preguntando. Mas, acaso este ente interrogador y buscador que somos ¿está caracterizado en ello por cualquier pregunta en torno al sentido de esto o aquello: el sentido que puede tener el llamado de alguien, el libro que leo, el viaje que emprendo, la catedral que visito, el recuerdo de un suceso de la infancia, el sueño que tuve anoche? No, más radicalmente que eso el hombre es el interrogador y, antes que eso, el buscador del sentido, sin más, a saber, del sentido absoluto que puede haber en estar aquí, vivir,

existir y tener luego que despedirse y partir. El hombre, de esta forma, es el buscador de sentido.

Justo de este modo se presenta el ser humano a lo largo de la historia – como buscador de sentido, como deseoso, anhelante, ansioso de respuesta, y entonces, claro está, las respuestas que encuentra son tan poderosas, tan fuertes e incólumes que logran constituirse en concepciones de mundo, en inmensos paraguas y aleros del sentido. La concepción antropológica, por de pronto, del hombre arcaico, el *homo sacer*, nos habla de ello, en que el hombre está regido por mitos, que expresan relatos que, diríamos, justamente le dan un sentido a todo lo que hay. Aquí la respuesta del mito y la religión es tan poderosa que no permite que aflore la pregunta por el sentido.

Con el nacimiento de la filosofía occidental, en que el hombre es concebido fundamentalmente como animal racional, vale la razón como respuesta respecto del sentido de todo lo que hay y equivale a la vez a la instancia que le da o no una justificación a la praxis, la acción.

Con el cristianismo, que impregna especialmente el medioevo, la respuesta del hombre como *imago dei* está en la salvación que le da un sentido a la historia y la existencia humana.

Como observamos, estas respuestas son tan grandes que impiden que la pregunta por el sentido propiamente se constituya y de lugar a teorías del sentido. Para que ello suceda, hay que esperar por lo menos hasta el siglo XX. Pero, antes de ello, lo que definitivamente abre paso a la pregunta por el sentido es, al decir de Karl Jaspers, el modo como Nietzsche entiende al hombre, a saber como “el ente que se produce a sí mismo” (*ein sich hervorbringendes Wesen*), es decir, el hombre como “auto-producción”. Ello a su vez despeja el camino para que el propio Jaspers conciba al hombre como posibilidad, como poder-ser, lo que se replantea nuevamente con Heidegger.

Sólo el hombre que se concibe como auto-producción, posibilidad, proyección (Heidegger) puede preguntarse propiamente por el sentido, justo por qué no tiene claridad alguna sobre qué camino seguir. Mas, la pregunta por el sentido supone a la vez asumir la posibilidad del sin-sentido. Y es precisamente esta posibilidad del sin-sentido, de que en términos existenciales y metafísicos no haya sentido, que no haya una respuesta suficientemente convincente respecto de la estadía en el mundo, de todas estas figuras que hacemos a lo largo de la existencia, y luego despedirnos, como para entender, ahora con mayor fuerza, por qué esas poderosas e ingentes respuestas respecto de qué es el hombre y cuál es su sentido, impiden a la vez que la pregunta por el sentido pueda afirmarse y plantearse con solidez.

El siglo XX puede ser descrito como el siglo de un doble estallido: el estallido del sentido y parejamente del sin-sentido. Probablemente incluso el segundo estallido, el del sin-sentido, ha sido más fuerte y estrepitoso que el del sentido. Este doble estallido se da patentemente en la filosofía: Sartre, Camus, Deleuze, Foucault, Baudrillard, Sloterdijk. Mas, quizás el aludido doble estallido se da con mayor fuerza en el arte,

por de pronto en la literatura y la dramaturgia (teatro del absurdo, Camus, Ionesco, Beckett, y también Kafka, Cortazar), en la plástica (dadaísmo, surrealismo, y por supuesto, Duchamp, Pollock, Matta, e innumerables más), en la música (Strawinsky, Schönberg, Berg), en el cine (Passolini, Buñuel, Bergmann, Fellini, Kubrik, Almodóvar).

Por otra parte, y desde luego también asociado con lo anterior, la convulsión histórica del siglo XX, que se dio fuertemente en la política, en la moral, en la religión, en el derecho, y en la cultura en general, contribuyen indiscutiblemente a que la pregunta por el sentido se torne incluso insoslayable y como una cuestión de primer orden y ello a nosotros ya nos resulta del todo natural e incluso habitual

Así como el hombre de siglos atrás crecía con la leche materna del animal racional, del *homo viator* o del hombre como centro, nosotros hemos comenzado a crecer ahora con la leche de la pregunta por el sentido y la posibilidad del sin-sentido.

Y es precisamente la filosofía de nuestra época, en un íntimo nexo con el arte, la que abre este nuevo e inquietante horizonte.